



**bam
bú**



**Fuga de Proteo
100-D-22**

Milagros Oya

Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, S. A.

© 2006, Milagros Oya
© 2006, Editorial Casals, S.A.
Casp, 79. 08013 Barcelona
Tel. 902 107 007
www.editorialbambu.com

Diseño de la colección: Miquel Puig
Ilustración de la cubierta: Luis Bustos

Cuarta edición: noviembre de 2011
ISBN-13: 978-84-8343-003-3
Depósito legal: M-43.537-2011
Printed in Spain
Impreso en Anzos, S.L., Fuenlabrada (Madrid)

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

ÍNDICE

I	7
II	14
III	28
IV	40
V	49
VI	55
VII	60
VIII	67
IX	76
X	84
XI	92
XII	101
XIII	105
XIV	114
XV	121
XVI	126
XVII	137
XVIII	147
XIX	156
XX	161
XI	168
XII	182
XXIII	191
XXIV	201
XXV	206
XXVI	216
XXVII	230
XXVIII	240
XXIX	248
XXX	261

Carso abandonó la sala Azul con evidentes muestras de rabia. No le importó que todas las miradas de los que ocupaban asientos cercanos se clavaran en él manifestando su desaprobación. Nartis lo seguía de cerca en absoluto silencio.

—¡Maldita sea! Ni siquiera me han concedido los dos minutos reglamentarios. ¡Me han obligado a callar inmediatamente! Debería elevar una queja al presidente del Central.

El joven Carso sabía que presentar una protesta oficial ante el jefe del órgano supremo de Proteo 100-D-22 no tenía el más mínimo sentido. Si en la reunión anual que se celebraba en la sala Azul habían utilizado todas las artimañas para impedirle que expusiera su proyecto, estaba claro que el zenit desestimaría sin más problema la petición de amparo. Nadie en toda la ciudad sentía el más remoto interés



por las ideas de Carso y su grupo. ¿Para qué iban a escuchar propuestas revolucionarias y molestas? ¿Por qué trastocar sus perfectas vidas? Las conciencias de los habitantes de la base submarina Proteo 100-D-22 permanecían dormidas desde hacía siglos. Poco después de que el cataclismo abriera una nueva etapa en la civilización humana.

Por supuesto, Carso sólo conocía por las clases de historia lo acontecido en tiempos tan remotos. En aquellos años de disturbios y miserias en tierra, un proyecto de Naciones Unidas había dado lugar a la famosa base submarina del Atlántico norte: Proteo 100-D-22. Un nutrido número de los más prominentes científicos había descendido hasta las más remotas profundidades del océano para poner en práctica el sueño de fundar una ciudad submarina.

Los primeros años habían sido duros: trabajo sin cesar, experimentos constantes, miles de problemas que debían solventarse... Pero el éxito había acompañado a la misión: la base submarina consiguió ser autónoma muy pronto, tanto en gestión de medios como en energía.

Ello había salvado a los integrantes de la expedición científica del cataclismo: los polos se derritieron, el nivel de las aguas creció y, cuando las revueltas, las guerras, el hambre y la miseria se habían apoderado de la Tierra, apareció en el cielo la sombra del terrible meteorito que portaba una carga mortal del llamado virus ET. Los intentos por controlar la devastación del desconocido organismo alienígena con una vacuna experimental acabaron en tragedia, pues la amenaza se incrementó y, en pocos meses, el diminuto organismo había conseguido aniquilar a una civiliza-



ción milenaria. La vida humana y animal desapareció de la faz de la tierra. Sólo Proteo 100-D-22 había permanecido intacto debido a su aislamiento.

En la ciudad de las cúpulas habían trabajado con el fin de encontrar la vacuna que impidiera la catástrofe. Cuando las investigaciones dieron sus frutos, era ya demasiado tarde. No había nadie en el exterior con quien comunicarse. Ni uno solo de los habitantes de la ciudad submarina se atrevió a emerger y pasear sobre un cementerio de cadáveres sin sepultar. A partir de entonces, el camino de los confinados bajo las aguas se alejó de la vida terrestre. Una nueva sociedad, cuyo medio natural era el océano, miraba hacia un futuro esperanzador.

—¿Es que no les importa el espíritu pionero que fundó nuestra civilización? ¿Es que no existe ninguna propuesta que les obligue a levantar sus culos apoltronados en las sillas azules?

Carso elevaba la voz en exceso. Los agentes de seguridad que custodiaban la sala Azul lo contemplaron con preocupación.

Conocían perfectamente al joven. Era uno de ellos. Coordinaba la seguridad del ala 29 de Proteo, donde se hallaban las unidades alimenticias. Sin embargo, no podían permitir que alborotara a las puertas de la reunión del Central, que acogía a todos los representantes de la urbe bajo la presidencia del zenit.

—Será mejor que bajas la voz —le sugirió discretamente Nartis percatándose de las miradas nerviosas de los vigilantes.



–¿Cómo voy a bajar la voz? ¿No te das cuenta de que esto significa que hasta el año siguiente no podremos presentar de nuevo el proyecto?

–¿Qué es un año? –dijo Nartis.

Carso contempló atentamente el rostro del acompañante. Como tantas otras veces había dado en el clavo. Justamente ése era el problema de la sociedad de Proteo: el tiempo.

Habían conseguido controlarlo. Gracias a los avances tecnológicos y a las casi milagrosas sustancias que les proporcionaban las algas y los martenes, unos pequeños peces abisales descubiertos tras el cataclismo, las vidas de los habitantes de la ciudad se habían alargado desmesuradamente. No padecían enfermedades y los científicos podían recomponer cualquier órgano dañado por medio de prótesis biológicas y devolverlo, así, a la vida sin apenas dificultad. Presentaban siempre un aspecto rejuvenecido; únicamente los que ya habían cumplido sobradamente el siglo de edad terminaban por permitir que su rostro fuese surcado por pequeñas arrugas, quizá movidos por algún agotamiento psicológico, de reciente investigación. ¿Qué era, entonces, un año para un proteico? Lo mismo que nada.

–Nos hacemos viejos –murmuró Carso.

–Tú aún eres muy joven, amigo mío –le repuso Nartis–. Ni siquiera has cumplido los cincuenta años. Hasta que alcances, por lo menos, los dos siglos nadie podrá considerarte viejo.

Carso calló. Se alejó de la mirada inquieta de sus colegas vigilantes para acercarse al mirador acristalado que

presidía la estancia de entrada a la sala Azul. El joven contempló la ciudad sumergida y experimentó en su interior un sinnúmero de sensaciones contradictorias.

La belleza de Proteo 100-D-22 no era comparable con nada visto anteriormente, y eso que en la biblioteca del área Nexus había observado construcciones impresionantes de la tierra emergida, anteriores al cataclismo: pirámides, poblados, castillos, templos, torres... Sin embargo, el esplendor de Proteo las convertía en sencillas construcciones mediocres.

La ciudad reunía a medio millón de almas perfectamente ordenadas en áreas residenciales. Medio millón era el número mágico que permitía a la sociedad submarina mantenerse en su opulento modo de vida. El número de niños que debían nacer era directamente proporcional a los que abandonaban la vida por agotamiento.

–¿Qué será de nosotros cuando consigamos vivir eternamente? –preguntó Carso al acompañante.

–No dispongo de datos para contestarte.

Carso sonrió. En muy contadas ocasiones Nartis dejaba ver que no era ni más ni menos que un organismo biorrobótico, clase T, generación 23. Lo que vulgarmente se llamaba un acompañante. Un ser sintético diseñado para llevar a cabo la labor de secretario y ayudante, y, en algunos indeseables casos, de amigo. La totalidad de los proteicos disponían de estos biorrobots asignados por el Central y los utilizaban con normalidad, aunque siempre había algún ciudadano que prefería evitar en lo posible la compañía artificial.



Las luces de Proteo parpadeaban bajo las cúpulas transparentes. La oscuridad marina estaba mitigada por potentes focos exteriores que alumbraban el asombroso paisaje del fondo oceánico. Al abrigo de las luces, nuevas formas de vida, algas, peces y otros animales, se habían desarrollado en la anteriormente negra sima abisal. El paisaje era alegre y luminoso. La vida pasaba entre cúpulas y miradores que amenizaban a los que todavía se dejaban sorprender por la naturaleza que los rodeaba.

Las áreas de la ciudad se comunicaban por extensos corredores, por los que transitaba gran cantidad de vehículos. Los que optaban por caminar podían utilizar las cintas transportadoras y los ascensores.

Los ojos de Carso se detuvieron en un hombre ataviado con el traje de exterior, que limpiaba el panel transparente del vestíbulo de la sala Azul.

—¡Es Notorius! —exclamó el acompañante.

El joven de mantenimiento de exteriores sonrió a través del cristal. Se encogió de hombros como interrogando a Carso. Éste negó con la cabeza. Notorius borró la sonrisa del rostro.

—Lo siento, amigo mío. Nadie nos apoya.

El joven Carso se volvió hacia Nartis.

—No esperaremos a que termine la reunión. No tengo ningún interés en escuchar los reproches del resto de los representantes sociales.

El acompañante asintió en silencio.

—Volvemos al ala 29. Comunícate con Laita y el resto del grupo. Convócalos a una reunión urgente en el almacén.



Nartis procesó todos los datos e inmediatamente envió, con sólo concentrarse, los mensajes a sus destinatarios. Su unidad central había percibido cierta variación nerviosa en el tono de su huésped. Estaba seguro de que había tomado una decisión peligrosa, inquietante; quizá suicida, pero no acertaba a profundizar en su naturaleza. Le hubiese gustado preguntar. Mantenía muy buena relación con Carso. Se encontraba muy satisfecho de su huésped; con todo, pensó que no sería correcto interrogarlo. Ya le comunicaría el motivo de su inquietud llegado el momento.

Aunque Nartis era un organismo sintético, pertenecía a la generación 23, clase T, la más sensible y sofisticada de cuantas se habían creado. En su unidad central crecía por momentos una sensación parecida al desasosiego. Las emisiones sensibles enviadas por su huésped le proporcionaban una sensación parecida al miedo.

El acompañante hizo un esfuerzo malabar por equilibrar sus funciones y controlar la tensión de los circuitos. Sin que Carso se percatara del más mínimo cambio en los rasgos humanos de su acompañante, éste lo siguió en silencio a la zona de transporte rápido.

El joven tenía prisa, mucha prisa. Quizá demasiada.

